

Reseña de *Double Lives: Spies and Writers in the Secret Soviet War of Ideas Against the West*, (Vidas dobles: Espías y escritores en la guerra secreta de ideas soviética contra Occidente) por Stephen Koch (Nueva York: The Free Press, 1994) x, 419 páginas, bibliografía, índice.

Por Mark Y. Herring

Contra Mundum, nº 11, primavera de 1994

Para el hombre de la calle, que siento decir
es un agudo observador de la vida,
La palabra "intelectual" sugiere de inmediato
Un hombre que no es fiel a su esposa.

Si el libro de Stephen Koch no es más que una décima parte de la verdad, podríamos añadir a los versos de Auden que la palabra "intelectual" debería sugerir también un cascarrabias, un traidor, un *flaneur*, y alguien con quien nunca examinarías los coches usados. Pero la actitud que adoptan algunos intelectuales no es muy diferente de aquellas inmortales líneas escritas por C. S. Calverley sobre Eugene Aram, quien, aunque era un ladrón, un mentiroso y un asesino, era, sin embargo, un intelectual y por lo tanto "entre los más nobles de la humanidad".

Tal parece ser la actitud de cualquier persona asociada a una institución de enseñanza "superior", por ridículo que resulte escribir esto. Los intelectuales parecen pensar en sí mismos de esta manera: lo que hayamos hecho para estar en este aprieto no importa. Sois demasiado estúpidos para entender la "dinámica" de la situación y, por tanto, hay que explicaros lo importante que es este procedimiento y por qué. Por supuesto, nunca lo entenderás; además, nosotros lo sabemos mejor.

Estas payasadas no sólo nos recuerdan a cierto líder político y a su entrometida esposa, sino que también nos subrayan por qué el experto conservador Bill Buckley solía decir que prefería ser gobernado por los primeros 500 nombres de la guía telefónica de Cambridge que por el profesorado de Harvard. No, no se trata de una conversación con un yalista. Era la experiencia. Los intelectuales son más inteligentes que la gente normal. Pero no son más sabios cuando se trata de política, como explica el libro de Koch.

Koch no es el primero en señalar esto. El libro de Paul Hollander, *Political Pilgrims: Travels of Western Intellectuals to the Soviet Union, China, and Cuba, 1928-1978* (Peregrinos políticos: viajes de intelectuales occidentales a la Unión Soviética, China y Cuba, 1928-1978) (Oxford University Press, 1981) cuenta la historia de numerosos intelectuales occidentales que, a la hora de informar al resto de la situación mundial, estaban tan equivocados como Riegels. Pero el Riegels de la parrilla sólo se equivocó. Cuando los intelectuales se equivocan, suele haber una montaña de cadáveres que enterrar.

Koch lleva a los lectores a dar el paseo de sus vidas, relatando la desesperada y deprimente vida de uno de ellos, Willi Munzenberg. Antes de que Munzenberg acabe como todos los revolucionarios que están en el corazón de la revolución, o incluso en sus márgenes (por ejemplo, John Reed), Koch revela las malversaciones de individuos de mar a mar. Las maquinaciones son impresionantes; la perfidia,

espeluznante. Al final, el lector se pregunta si Shakespeare se equivocó. Deja a los abogados en paz; ¡empieza con los intelectuales!

La historia de Koch se abre con el tren sellado de Lenin en la Estación de Finlandia, el mismo tren que Churchill caracterizó como un "bacilo en un tubo". Churchill lo sabía; ¡si hubiéramos escuchado! En este tubo se propagó la enfermedad llamada comunismo. El contagio no pasó de un huésped a otro, sino de formas tan ingeniosas e insidiosas que uno casi llega a admirar la maldad.

Karl Radek, el mecenas de Munzenberg y el propio Munzenberg, escuchan cómo Lenin pronuncia con displicencia lo que debe haber sido el mayor eufemismo de la historia y uno de los momentos más lúcidos de Lenin: "Dentro de seis meses estaremos en el poder o colgados de la horca". Por desgracia, la horca tuvo que esperar más de setenta años. Lo que Koch despliega es para nosotros es la traición voluntaria de un Quién es Quién de intelectuales desde Francia, a Gran Bretaña, a Estados Unidos. A los comunistas no les importaba que estos intelectuales soidisantes pudieran ser engañados por una bomba rubia o por las cartas o la bebida. Sólo que eran lo suficientemente estúpidos como para creerse inmunes y, por tanto, presa fácil.

Después de estas revelaciones está la de que el fascismo y el comunismo iban de la mano en la Voluntad de Poder. Koch argumenta, y de forma persuasiva, que el fascismo y el comunismo se complementan, que el fascismo es el perro de paja que el comunismo utiliza para derribar y arrastrar a su redil a todos los posibles antifascistas. Es la parismología desbocada: El comunismo permitió que floreciera el debate antifascista, pareció tomar la delantera en el debate, golpeó a los indefensos fascistas y luego cosechó los beneficios.

La historia de Munzenberg es la de un poder sin precedentes para un revolucionario anodino. También es la historia de una furia sin precedentes, cuando el poder empieza a desvanecerse y el monstruo implosiona comiéndose a sus crías. Radek y Munzenberg no eran nada, o casi, sentados en ese tubo. Cuando Lenin ganó la Revolución, se convirtieron en los hombres más poderosos del mundo. Más tarde, cuando Lenin cambió de opinión, Munzenberg se convirtió en el hombre más buscado del mundo. Más tarde se convirtió, como Jezabel, otra revolucionaria maquiavélica muchos siglos antes, en carne de perro.

El "reinado" de Munzenberg duró sólo quince años, desde la hambruna del Volga en Rusia hasta el caso Sacco-Vanzetti en América, pasando por la Guerra Civil española. Su trabajo consistía en mantener el vínculo propagandístico entre los vehículos de comunicación de todo el mundo y el gran poder. Lenin se referiría más tarde a ellos como "idiotas útiles". Son los verdaderos grandes nombres de la época: Ernest Hemingway, John Dos Passos, Lillian Hellman, Georg Grosz, Erwin Piscator, André Malraux, André Gide, Bertolt Brecht, Dorothy Parker, Kim Philby, Guy Burgess, los Bloomsberries y otros, por nombrar sólo una sucia docena.

Que Munzenberg hizo su trabajo, y muy bien, puede verse en el registro de la propia historia de que entre los que informaron sobre la escena, sólo Malcolm Muggeridge, un compañero de viaje cuando empezó, devolvió historias que detallaban el horror que era el comunismo. Incluso nuestro propio Walter Duranty, reportero extraordinario del *New York Times*, demostró ser la claqué que Stalin hizo de él.

Munzenberg llamaba a estos compañeros de viaje "inocentes" y la función a la que los sometía a ellos y a sus radicales chiflados los bautizó como "Clubes de Inocentes". La frase, como señala Koch, tiene más de un significado. La mayoría de estos "idiotas útiles" podrían ser engañados para hacer casi cualquier cosa, no sólo porque la "máquina" eligió mantenerlos desinformados, sino también porque ellos mismos eligieron permanecer mal informados. Mientras se mire al Emperador de cuello para arriba, es casi fácil olvidar que está tan desnudo como un mirlo.

El Primer Congreso de la Comintern en 1919 no demostró ser más que un grupo de delegados desaliñados. Es desconcertante mirar hacia atrás y ver lo que la historia registró como un evento risible, y luego recordar lo que la historia mostró más tarde como un evento devastador. Pero Lenin no quería nada extravagante al principio. Estaba construyendo un movimiento Potemkin tanto como sus predecesores construyeron el pueblo. Lenin se pronunció en aquel Congreso, y en los sucesivos, de forma inexistente. Poco sabíamos que este hábito iba a ser fundamental para su poder gobernante: la realidad importaba muy poco; basta con inventar las cosas como uno quiere que sean y cubrir el resto con generosas cantidades de suciedad o, como ocurría a menudo con esta ideología política, con cuerpos a temperatura inferior a la de la habitación.

Uno de los capítulos de Koch resume para el lector la mentalidad de quienes fueron absorbidos por este nefasto sistema: "Mentir por la verdad". El hecho de que tantos compañeros de viaje hayan podido caer en esa línea sirve para subrayar lo incautos que eran. Sin embargo, lo que al anticomunista le duele leer es la cantidad de cadáveres que se necesitaron para que el régimen comunista se tambalease bajo la presión de Ronald Reagan. Todos los años conmemoramos el Holocausto, como debe ser. Pero Lenin y Stalin hacen que el trabajo de Hitler parezca un genocidio de primer grado, superándolo en número por tres.

Munzenberg, que apenas es un intelectual, sabía exactamente qué hacer para atraer a los intelectuales a su redil. En este libro abundan las librerías, a las que los intelectuales acuden como hormigas a la miel. En el fondo, como una araña amenazante que espera que la polilla se enganche en la red, estaba Munzenberg esperando para atacar. Cuando lo hacía, dejaba a sus intelectuales escribiendo relatos elogiosos sobre los colectivos o cantando un himno al movimiento obrero. En cambio, si se negaban a hacer alguna de las dos cosas, simplemente los sepultaba en la telaraña y los picaba, en algún caso, literalmente hasta la muerte. No es de extrañar que Lutero, o así se le suele atribuir, dijera que "el intelecto es la puta del diablo".

Munzenberg a menudo tomaba a intelectuales "famosos" y los controlaba con psicología de grupo o con sobornos. Les hacía sentir completamente independientes, tanto que rara vez ejercían su putativa libertad. Escritores como Lincoln Steffens, Ernest Hemingway, John Dos Passos y Henirich Mann estaban tan bien manipulados que a menudo no se daban cuenta hasta demasiado tarde. Para entonces, su propia vanidad personal les impedía admitir que habían sido engañados con tanta facilidad y astucia, especialmente por un hombre que obviamente era su enano intelectual.

Una de las historias más interesantes historias del libro es el lanzamiento por parte de Munzenberg de la "idea Sacco-Vanzetti". Esa campaña no comenzó cuando el caso, sino que fue aprovechada por Munzenberg como una forma de atraer a más idiotas útiles al redil. En 1926, el Partido Comunista Americano (ACP) estaba desorganizado, sin foco y al borde de la extinción. Munzenberg vio la necesidad de dos cosas: una causa antiamericana y un espíritu animador para el ACP. El caso Sacco-Vanzetti proporcionó ambas cosas. La historia se desarrolló de la siguiente manera. Dos inmigrantes

italianos anarquistas fueron acusados de robar la nómina de la fábrica de zapatos de Braintree, Massachusetts, asesinando a su pagador y a su guardia. Ambos hombres fueron juzgados en 1921, declarados culpables y condenados a muerte. El caso no interesó a nadie en su momento. Un periodista socialista lo expresó así: "No hay ninguna historia en él.... Sólo un par de italianos en un aprieto".

La idea era poner en primer plano la ideología anarquista justo antes de que los dos hombres fueran liberados. Pero de camino a la rueda de prensa, los dos hombres fueron declarados culpables y la causa quedó en entredicho. Entra Fred Moore, un brillante abogado de la izquierda americana y gran consumidor de cocaína. Carlo Tresca, el decano del radicalismo italoamericano, lo recomendó para el caso. Moore, utilizando todas las estratagemas imaginables para sacar a los dos hombres, planteó por sí solo el argumento político del caso: hombres despreciados e impotentes sometidos a una jurisprudencia americana excesivamente nativista y rojiza. Moore quería martirizarlos para liberarlos.

Moore se inventó el caso sobre la marcha, creando una ingeniosa mitología, según Koch, para que todo el mundo la viera. Pero creyó sinceramente en su inocencia, durante un tiempo. Sin embargo, las pruebas demostraron que Sacco había asesinado al guardia mientras éste rogaba por su vida de rodillas. Vanzetti era probablemente inocente del robo, aunque sabía de él y de la participación de Sacco. Vanzetti, de haber dicho la verdad, habría sido liberado. Sacco, si hubiera demostrado ser un ser humano decente, también podría haber liberado a Vanzetti. Pero ninguno de los dos cedió. Así que Vanzetti murió por propaganda, Sacco por asesinato.

Moore se enteró de la verdad y fue despedido por Sacco. El caso comenzó una larga caducidad tanto de interés como de publicidad. Cuando los periódicos dejaron de difundir la historia, Munzenberg la retomó en 1925 y ordenó que una rama americana del Socorro Rojo, llamada Defensa Laboral Internacional, acudiera al "rescate". Su primera misión fue convertir el caso Sacco-Vanzetti en un mito mundial.

Casi funcionó, por supuesto, pero nunca tuvo la intención de liberar realmente a los inmigrantes. Katherine Anne Porter, una de las reporteras de la guardia de la muerte, le dijo a Rosa Baron, una agente de la Comintern, que esperaba que Sacco y Vanzetti se salvaran finalmente. Baron respondió: "¿Salvados? ¿Quién quiere que se salven? ¿De qué nos servirían vivos?".

Pero ésta es sólo una de las anécdotas del principio del libro. A partir de aquí, los lectores son llevados a través de Marion Frankfurter, la esposa de Felix Frankfurter y profesora de derecho de Harvard, engañada por el agente Gardner Jackson. Los lectores también recordarán a Felix Frankfurter como uno de los jueces del Tribunal Supremo más influyentes de este siglo. Después de llegar a Marion, Jackson atrapó a Felix. Los Frankfurters se hicieron mutuamente útiles a la "causa". El *tour de force* de Felix resultó ser uno de sus mejores escritos polémicos, publicado en el *Atlantic*. Se burló del caso Sacco-Vanzetti como lo peor de Estados Unidos. El artículo entusiasmó a Munzenberg. Lo hizo reimprimir en todo el mundo y nada menos que H.G. Wells lo resumió para Gran Bretaña. La combinación resultó poderosa y se produjo una histeria masiva en torno al caso Sacco-Vanzetti. A continuación, las guerras, los rumores de guerras, las revoluciones, fallidas o no, y la agitación global general, todo ello iniciado o bendecido por Munzenberg. Por el camino se recogen nombres como Malraux, Gide, Chambers, Hiss, (Claud) Cockburn y otros, que se utilizan cuando son útiles.

En segundo lugar, después de las *trahisons des clerics*, se encuentra la estratagema antifascista utilizada por Munzenberg para encubrir los desmanes comunistas. A Munzenberg le gustaba presumir ante el

círculo cerrado de la casa que el partido nazi era parte del comunista: "Marrón por fuera. Rojo por dentro".

La campaña "antifascista" de Stalin se convirtió en una mera tapadera del primero de varios acuerdos con Hitler y el gobierno nazi. También ayudó a esconder las propias purgas de Stalin en su gobierno. La denuncia de Hitler contra los comunistas alemanes la tomó Stalin como "una cuestión de política". Nunca tuvo la intención de romper con Hitler; de hecho, buscó una alianza. El Gran Terror que Stalin consideraba necesario, aunque los que estaban programados para ser asesinados ya habían sido pasados por alto en lo que respecta al poder. Stalin los mató porque no podía gobernar de otro modo. Stalin quería mostrar a su pueblo que si los verdaderos sectarios entre ellos, los eternamente fieles al Partido, eran asesinados, ¿qué pasa con los menos fieles?

Stalin utilizó a la Gestapo para desacreditar y eliminar a Tuchachevsky y al Estado Mayor del Ejército Rojo, mientras que Hitler utilizó a la Comintern y a Munzenberg para desacreditar y eliminar a Ernst Rohm y a las SA. Este proceso Koch lo llama "el trato" y la tapadera utilizada para llevarlo a cabo fue el antifascismo. Koch lo califica de usurpación de la vida y la libertad por dos motivos. Uno, traicionó a todos los alistados en la lucha antifascista porque nunca hubo una campaña antifascista. Dos, condujo a la Segunda Guerra Mundial.

Willi Munzenberg pasó de ser una nada anónima y ávida de poder a ser, quizás, el segundo o tercer hombre más poderoso del mundo. El resultado final para él fue, por supuesto, la muerte. Cuando los cazadores encontraron su cuerpo en grave estado de descomposición en 1940, el 22 de octubre, el hedor era espantoso. Su rostro tenía la mirada de estrangulamiento. Murió por su causa. Y el mal que hizo perduró mucho después de que sus huesos se convirtieran en polvo.

El resultado de *Vidas Dobles* es simplemente este: La principal cosecha intelectual de Estados Unidos había sido engañada por algunos de los hombres más ignorantes. Sus mentes fueron utilizadas para llevar a cabo el capítulo más pérfido de toda la historia: el surgimiento de uno de los regímenes más sanguinarios de todos los tiempos; la casi ejecución de una raza; y una de las guerras más sangrientas que se recuerdan. Mientras tanto, los periodistas, intelectuales, figuras literarias y otras lumbreras de Estados Unidos mintieron, engañaron, pervirtieron la verdad y propagandizaron su camino hacia la muerte de millones de personas. Lo que resulta especialmente irritante es que lo hicieron con un aire de superioridad moral, diciéndonos que era por nuestro propio bien.

El libro de Koch representa un tratado que, si es cierto sólo en parte, obligará a todos los profesores de historia de Estados Unidos a cambiar su enseñanza de esta época. Ver la máquina de propaganda comunista por lo que era, es ver la historia formada por lo que llegó a ser: una maldita cosa tras otra. Todo el mundo sabe que las ideas tienen consecuencias; lo que olvidan es que también pueden tener cámaras de gas y gulags. Por supuesto, los intelectuales modernos nunca se tomarán el libro en serio, y mucho menos lo leerán. Pero para los que se preocupan por lo que pasó y por qué, el libro de Koch debe convertirse en una lectura obligatoria. Es la única manera de recordar que nunca, nunca debemos olvidar.